

LA CAJIDA
DE QUERETARO

MANIFIESTO DE D. MIGUEL LOPEZ



MEXICO
MANIFIESTO DE D. MIGUEL LOPEZ

1865

151
Feido Octube 1965

...

MANIFIESTO DE D. MIGUEL LOPEZ.

...

En un periódico de Puebla, intitulado *La Hoja suelta*; en otro de Paris, intitulado *La France*; en otros de los Estados-Unidos, intitutados *El Tribune* y el *Courrier des Etats-Unis*; en las murmuraciones públicas de México y entre algunos de los prisioneros de Querétaro, se ha dicho que yo vendí el punto militar de la Cruz en el sitio de la mencionada ciudad, y que por tal traicion fué ocupada la plaza, sobreviniendo en consecuencia de esto los tristísimos acontecimientos que allí se han verificado. Tan amargas acusaciones me hacen dirigirme al pueblo de mi patria, al de Francia y al mundo entero, porque el mundo entero tiene interes en los terribles sucesos que han pasado, para que se me juzgue con conocimiento de los hechos.

Y me someto con gusto y con orgullo al juicio inexorable de la conciencia pública, porque ella me

librará de la infame mancha que algunos malvados han querido imprimir en mi frente, y que me ha hecho ya sufrir tormentos inexplicables. Yo no he cometido traicion ninguna, ni he hecho ninguna venta; no he faltado á mis deberes de soldado ni de amigo; no he infamado á mi hijo dándole un nombre indigno. Y debo declarar, que si yo me sintiese reo de una traicion, habria tenido bastante fuerza de ánimo para lavar esa mancha dándome por mi propia mano la muerte, único medio con que pueden acabar en este mundo los remordimientos, y con que se puede librar á la familia de la ignominia.

Mi narracion será tan breve y sencilla como me sea posible.

Varios y terribles combates se habian verificado durante el sitio, y en todas las salidas que el ejército sitiado habia hecho, tuvo numerosas bajas; tan numerosas, que á su término existian ochocientos heridos, cuyo número puede indicar el que hubo de muertos, entre los cuales se contaban muchos gefes y oficiales. Despues de la salida que se hizo á las órdenes del general Miramon el dia 1.º de Mayo, y en la cual sucumbió el valiente coronel Rodriguez, se comenzó á sentir la desmoralizacion del ejército, que fué aumentando progresiva y rápidamente. Los víveres que dias antes se escaseaban mucho, habian llegado á acabarse, y la tropa se alimentaba solo con carne de caballo cocida, sin pan ni tortilla, y con

nopal cimarron, y la caballada con mezquite y fresno, menos la del regimiento de la Emperatriz, al cual se le daba maiz, segun lo permitian las circunstancias. La alimentacion insuficiente del soldado no podia ya mantener sus fuerzas, y por esta causa su vigor físico se perdia y con él el valor y el brio de que antes daba brillantes muestras. La oficialidad, sostenida por el honor solamente, sucumbia tambien en fuerza de las privaciones. Así es que el desaliento era ya general, y tan grave y tan profundo el malestar, que era inevitable la derrota que todo el ejército presentia. En vano el infortunado Maximiliano procuraba alentar al ejército dándole ejemplos de valor y de sufrimiento; los soldados le respondian, débiles y sin fuerzas, quejándose de hambre, y la posicion se hacia por instantes mas y mas desesperada.

Cuando D. Leonardo Márquez salió de Querétaro, recibió la orden de recoger todas las fuerzas y recursos que pudiera, dejando en México solo cuatro mil hombres; pero desde el dia en que salió hasta el fin del sitio, Maximiliano no recibió un solo correo, ninguna noticia, nada que pudiese parecer la esperanza de un auxilio. La tropa se desertaba, no como regularmente sucede, sino en pelotones, pasando á los sitiadores, y muchos con armas. Para probarlo, si no basta el dicho de los sitiados y sitiadores, adjunto un documento oficial, que es el parte

del mayor de órdenes, fecha 14 de Mayo. Los soldados de la Legion Extranjera, franceses en su mayor parte, seducidos segun se dijo por la carta de un paisano suyo que se hallaba en las filas enemigas, se pasaban tambien, no obstante que se les preferia en todo y que contaban con un haber superior al de los demas soldados, pues se les pagaba un peso diario. El hambre, el abandono de muchos gefes, las noticias funestas que circulaban en la plaza, todo contribuia á desmoralizar á la guarnicion que estaba ya casi exámine.

Algunos de los gefes, y aun uno de los generales, no tenian empacho en decir públicamente que nuestra pérdida era inevitable por el crecidísimo número de los sitiadores, por su posicion que les permitia recibir todo género de auxilios y por la imposibilidad que los sitiados tenian para recibirlos. Y estas especies que corrian de boca en boca y llegaban hasta el conocimiento de los soldados, eran mas que suficientes para desmoralizar el ejército. ¿Qué debia suceder si ellas venian á ejercer su funesta influencia en hombres ya cansados, sin alimentos y sin esperanzas de auxilio?—Aun empleando el ardid que se empleaba de suponer que D. Leonardo Márquez iba en auxilio de la plaza con numerosas fuerzas y abundantes víveres y municiones de guerra, ardid que se llevó hasta el extremo de publicar el detal de las fuerzas que se suponía iban á socorrer á la

plaza, no se conseguia levantar la moral del ejército, porque estas mismas noticias, frecuentemente repetidas y nunca confirmadas con los hechos, demostraban que eran falsas, y en realidad surtian un efecto enteramente contrario al que se proponian sus autores.

Para llevar el desaliento hasta su último extremo, sucedió que el parque construido en la maestranza era de malísima calidad: la pólvora no tenia el alcance suficiente, ensuciaba los fusiles *enfield*, de manera que á los pocos tiros la bala no llegaba á la recámara, y esto hacia que reventaran los cañones: los cápsulas de papel que se construyeron ardian con lentitud, dificultaban por esto el fuego nutrido y tapaban las chimeneas. Estos defectos espantosos en una situacion como la nuestra, y que no podian ocultarse al soldado, contribuian á fomentar su desaliento, porque es bien sabido que la tropa se acobarda cuando sus armas y su parque no son de buena calidad. Como de los mismos defectos se daba el parte debido por las líneas, y como era indispensable que no se conocieran para que pudiese continuar la inicua especulacion que con esto se hacia por personas cuyo nombre daré al público si necesario fuese, se hicieron varias intrigas para obtener la órden, que efectivamente se dió, para que no se hiciera fuego sino en el caso de que el sitiador se echase sobre las líneas de los sitiados, engañando

para este efecto al desgraciado Maximiliano, á quien se referia que el parque era de excelente calidad y que era conveniente no consumirlo sin objeto y sin resultados, porque nunca podia ser abundante en demasía.

Existen todos los militares que se hallaban dentro de la plaza y que pueden decir si no es cierto cuanto refiero. Hablo ante millares de hombres que han practicado el arte de la guerra y que pueden apreciar como es debido todas las circunstancias que voy refiriendo.

El hambre, la falta de esperanzas de auxilio, la opinion desfavorable de varios gefes y generales, la falsedad demostrada por sí misma de todas las noticias que pudieran alentar á la tropa, la malísima clase de parque, y la debilidad y el cansancio producidos por el servicio militar y el trabajo de fortificaciones; la actitud invariable de los sitiadores que habian podido sobreponerse á las pérdidas que tuvieron en las diversas salidas de los sitiados, el gran número de bajas por muerte, heridas ó enfermedad que tenia el ejército, todo, todo esto, habia llevado el desaliento del mismo ejército hasta un grado indecible de desmoralizacion.

La idea de una salida desesperada para buscar la salvacion á todo trance, germinaba entre algunos gefes esforzados; pero la conviccion de que ella seria nuestra derrota completa, los obligaba á aplazar la

ejecucion de este pensamiento, que otras personas tambien alejaban para tener tiempo y ocasion de continuar en sus inicuas especulaciones.

Es muy de notarse que esta salida no se intentase porque no se creyó posible, ni aun aprovechando la ausencia de la columna de caballería, fuerte de cuatro mil hombres, que se llevó el general Guadarrama y que permaneció ausente muchos dias, pues que vino hasta San Lorenzo contra el Sr. Márquez. Si esto pasaba cuando el enemigo se habia desprendido de ese número de tropas, que eran de las mejor armadas, ¿cómo podria haber hecho una salida despues de la vuelta del general Guadarrama, y cuando el ejército sitiado no contaba mas que con ochocientos caballos?

Nada de esto se ocultaba al Emperador, por mas interes que algunos tenian en que no llegase á su conocimiento. Y por esto, no una, sino varias veces ese infortunado príncipe se lamentó conmigo mismo de la amargura de su situacion. Muchos hombres, me decia, me ofrecian en Orizava para determinar-me á no partir, que tendria millones de pesos para sostener al ejército y millares de soldados para combatir. Creí en sus promesas y en sus empeños, y ahora, ni uno, ni uno solo de esos hombres me acompañan, si no es el general Miramon. Quejábase tambien del abandono de D. Leonardo Márquez, y muy dolorosamente de los engaños de que habia sido

nes de algunos puntos. Apelo al honor del C. general Escobedo, para que diga si es cierto que varios oficiales y muchos soldados, especialmente extranjeros, le habian hecho ofrecimientos para pasarse á sus filas. Por mi parte, declaró ante el mundo entero, que el conocimiento de todo lo que he referido, y que explicaré dando nombres y pormenores si es necesario, me tenia profundamente preocupado, no por mí mismo, sino por la suerte del Emperador que me habia honrado con su confianza y con su afecto particular.

En la noche del 14 de Mayo, ese príncipe desgraciado me preguntó si tendria ánimo para salir de mi línea á buscar al enemigo para tratar con él; y con mi respuesta afirmativa, me mandó que saliera con la mas profunda reserva á solicitar se le concediera el permiso de salir con el regimiento de la Emperatriz, y unas cuantas personas de su séquito. Lo hice así: conducido con las formalidades que se emplean para recibir á un parlamentario, no obstante que mi mision era secreta, fui presentado al general en jefe D. M. Escobedo. En una conferencia que no duró cinco minutos, le expresé el deseo del Emperador, y el Sr. Escobedo me mandó que dijese al archiduque, que no tenia facultades de su gobierno para conceder ningunas garantías, sino obligarlo á que se rindiera á discrecion ó batirlo. Con esta respuesta me retiré, y volví á mi campo cerca de

las doce de la noche. El Emperador, contra su costumbre ordinaria de acostarse entre ocho y nueve, estaba aún en vela, y diversas veces habia preguntado por mí, mandándome buscar con los ayudantes del general Castillo. Luego que supo mi vuelta me llamó, y despidió, no sé si al príncipe de Salm ó al teniente coronel Pradillo, uno de los cuales estaba allí y puede certificar mi aserto; lleno de cuidado me preguntó el resultado: cuando lo supo, me preguntó: ¿ha hablado vd. con el mismo general en jefe? y oyendo que sí, con visible desconsuelo me dió la orden, que trasmití, de desensillar sus caballos, todos los de su séquito, y los del regimiento de la Emperatriz que estaban ya preparados para la salida, y se retiró á acostarse. De esto es testigo todo el ejército, que habia visto los preparativos de marcha. La resolucion del general Escobedo destruia la última esperanza de Maximiliano. La salida del ejército era imposible en el estado de desmoralizacion y de hambre en que se hallaba. En los primeros dias del sitio se habia dado varias veces la orden para verificarla, y por diversas causas no pudo llevarse á efecto. En varias ocasiones se tuvo todo preparado: cargados los carros y dispuesta la artillería; pero el mal éxito de algunas de nuestras salidas y otras razones que ignoro, hicieron inútiles las disposiciones que se dictaron para el efecto. Y tales órdenes y contraórdenes, y el ejemplo de no

llevar adelante el intento meditado, hicieron que fuese impracticable la salida, que desde antes del 1.º de Mayo se consideraba ya imposible. El error que se habia cometido encerrándonos en Querétaro sin acopiar víveres y forrajes, que abundaban cerca de la ciudad, y la mala fé y el abandono de los que comprometieron al Emperador, haciéndole esperar todo género de elementos, la falta de cumplimiento á sus órdenes, el aislamiento en que cayó el ejército, y la falta completa del auxilio con que contaba Maximiliano, todo era ya irreparable. El enemigo habia visto varias veces nuestros preparativos de marcha y su ineficacia: conocia el estado á que llegó el ejército, por nuestros propios desertores y por los ofrecimientos que se le hacian. Tal vez la misma mision que recibí del Emperador lo alumbró y le hizo conocer la verdad de nuestra situacion; y la consecuencia de estos acontecimientos fué que dispusiese su ataque, ataque terrible en que debian derramarse torrentes de sangre.

He referido los sucesos hasta las doce de la noche del 14 de Mayo. Maximiliano se recogió en su alojamiento; y yo, preocupado por su suerte y la del ejército, me quedé en pié para recorrer mi línea, abrumado por las penosas ideas que engendraban en mi alma las consideraciones que antes he expuesto. Al volver á la huerta de la Cruz, punto principal de mi vigilancia, y que tenia siempre muy recomen-

dado á los gefes encargados de ella, me vi cercado por tropa y oficiales con pistola en mano, que bien pronto pude reconocer como pertenecientes á las filas enemigas, y que me hicieron su prisionero, haciéndome saber que habian sorprendido la entrada por la barda de la huerta, lo cual, si me causó una sensacion de estupor, en el acto dejó de admirarme un momento despues, supuesto que conocia yo perfectamente la insuficiencia de la tropa para cubrir su servicio bien, en razon de la fatiga y del hambre. Á la cabeza de esa tropa iba el general D. Francisco A. Velez. En ese momento supremo, durante el cual viví una vida entera de agonía, comprendí el peligro inmenso que corria el Emperador, á cuyo alojamiento, situado en un claustro de la Cruz, se llegaba en pocos instantes. Pensé en sacrificar mi vida dando gritos de alarma; pero conocí que mi sacrificio era inútil, porque los oficiales que me cercaban me matarian al primer grito y no lograria yo mi objeto: pensé en combatir, pero el punto mas próximo al en que estábamos distaria doscientas varas, y no me seria posible llegar á él. Dejar á los asaltantes que sin ser sentidos ni detenidos por nadie habian llegado hasta allí, que siguiesen su camino, era entregar al Emperador, y su salida era en mi concepto lo mas importante, lo único importante ya, porque en su persona se encarnaba la cuestion política del país. Ganar tiempo y avisar al Emperador para que

se salvase, tal fué mi único pensamiento. Y lo puse en práctica. Me dirigí al Sr. general Velez, manifestándole que era humanitario que ya no corriese sangre, y rogándole me ayudara á evitar su derramamiento. Con este pretexto alejé á su tropa llevándola al panteon, y entretanto, con el teniente coronel Yabloski mandé avisar al Emperador nuestra situacion y la urgencia de que se salvara. Ignoro por qué se demoró tanto como tardó en salir; pero su demora me tenia sin aliento, y para darle tiempo de salvarse, yo tenia que seguir al lado de mis aprehensores, divagando su atencion. Ya al amanecer se presentó Maximiliano con otras personas de su séquito, á quienes rodearon varios soldados, y yo aseguré que eran particulares y no militares, logrando de este modo que no fuese aprehendido, y rogué al teniente coronel Pradillo lo sacara por los taldros, horadaciones casi subterráneas, muy poco conocidas; mas no se hizo así. El Emperador salió á pié, y ya en la calle, siguiendo siempre á mis aprehensores, aprovechando un momento de confusion ocasionado por el fuego de los soldados republicanos que marchaban sobre San Francisco, me apoderé de un mal caballo que ví sin gínete, y corrí á alcanzar al desgraciado príncipe. Le rogué que se dejase guiar por un hombre de mi confianza que lo sacaria á caballo, que se dejase conducir á una casa para ser ocultado, y que de ella saldria en la noche;

mas él se negó. Insistí con un afan supremo, tomando una de sus manos: vaciló un instante; pero luego insistió en su negativa, mandándome que diese orden para que lo siguiesen las tropas al cerro de las Campanas, orden que comuniqué á cuantos oficiales vi mandando algunos piquetes. Esto pasaba frente al hotel del Águila roja.

De todos estos hechos cito como testigos á los señores príncipe Salm, Yabloski, Pradillo, cuya veracidad es proverbial, Dr. Blasck, D. José de Blasio y dos criados, y á los oficiales republicanos que estaban presentes.

Ya en calidad de prisionero suyo, pues no quise escaparme, no obstante que me era muy fácil, volví á solicitar para el Emperador garantías que no me fueron concedidas, y con el pretexto de evitar un derramamiento inútil de sangre, logré entretener al enemigo que ya iba ocupando algunos puntos, dando así el tiempo necesario al Emperador para que se saliera de la Cruz, como lo verificó; y por esto tengo la conciencia de haberlo salvado. Si yo hubiera podido provocar el combate sangriento que se preparaba; si el fuego se hubiera empeñado de cualquier modo, estoy seguro de que Maximiliano, en vez de atender á su salida, por mas que se lo hubiéramos suplicado, se habria presentado en el lugar del combate, porque era valiente por naturaleza; porque queria siempre participar de los peligros de sus